

Revista de Ciencias Sociales

Vol. IV

Diciembre, 1960

Núm. 4

LOS ESTADOS UNIDOS, LA AMERICA LATINA Y PUERTO RICO

*Discurso de Graduación pronunciado por el Rector JAIME BENÍTEZ,
en la Universidad de Nueva York, el día 8 de junio de 1960.*

SE me ha pedido que hable sobre las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina. Trataré de evitar los lugares comunes que tan a menudo se emplean cuando se trata de la comprensión de la América Latina e incluso aquellos que salen a relucir cuando se habla sobre la comprensión en general. Estoy persuadido de que la realidad escapa, tanto al hombre que blasona de comprensivo, pero que hace caso omiso de las opiniones que difieren de la suya y se encierra en sus propios conceptos, como al hombre mudable y sin convicciones que claudica por adelantado sus más íntimos ideales. Por lo tanto, no abogaré por ningún tipo de comprensión que ignore valores y normas y la vigencia de ajustarse a ambos.

Hablo con pleno conocimiento de esta materia porque he nacido y he vivido toda mi vida en un lugar en donde por más de sesenta años han confluído las diversas corrientes representativas de los Estados Unidos y la América Latina. No solamente mi propia vida sino la de tres millones de puertorriqueños depende de una jugada histórica de profunda significación a saber: que pueda haber diálogo inteligente y provechoso entre estas dos culturas y entre éstos dos sistemas de vida. Un diálogo significa "dar y tomar"; supone reciprocidad, que

se escuche mientras se habla. En el pasado, muchos puertorriqueños hemos creído que ese diálogo estaba destinado al fracaso; entonces la política oficial entendía que el diálogo tenía que llevarse a cabo en inglés exclusivamente; en aquella época para el Coloso del Norte, América significa los Estados Unidos en letra mayúscula. Pero, afortunadamente, éstos y otros obstáculos en gran parte han sido vencidos y sin desesperanza nos enfrentamos ahora a un futuro incierto con la convicción de que podemos forjar nuestro propio destino. La tarea no es fácil, porque en la personalidad del puertorriqueño no coexisten dos compartimientos, uno rotulado Estados Unidos y otro América Latina. El hecho es que estos elementos están tan mezclados que se nos hace difícil decir cuál es el que predomina en un momento determinado y hasta distinguir el uno del otro. Estamos prisioneros de nuestras circunstancias y lo estaremos por muchos años. Ya sea que continuemos siendo un estado libre asociado o que nos convirtamos en un estado federado o en una nación independiente, la naturaleza de nuestra situación no variaría significativamente. Nos hallamos en una encrucijada cultural y aunque quisiéramos no podríamos aislarnos. Por ejemplo, se da el caso de que nuestros más furibundos antiamericanos, celebran el Día de las Madres con gran devoción, mientras, por otra parte, nuestros más ardientes pro-americanos firman peticiones abogando porque se nombren obispos puertorriqueños. Ni unos ni otros se dan cuenta de que están asimilándose las ideas de la parte contraria. Este es un destino dramático y angustioso.

No obstante las dos partes en este diálogo surgen de una común tradición occidental. Comparten la sed de verdad, de libertad y generosidad. Su objetivo es el mismo: el cumplir el destino del hombre como individuo, como ser humano, inalienable. Más aún, todos los pueblos del mundo, todos estamos unidos, en la comunión de una misma perplejidad y búsqueda en las honduras del propio ser. Hay mucho que nos separa y mucho que nos une, pero aun así, la singladura es por demás difícil.

Y a muchos puertorriqueños al considerar las divisiones aparentes y reales de su naturaleza se les hace imposible soportar esta ambivalencia, de suerte que tenemos hombres inteligentes y rectos que son nacionalistas, otros se sienten ciento por ciento americanos y otros han decidido desentenderse del asunto. En un sentido, bien podemos envidiar a esas personas, porque han podido hacer una decisión clara y afirmarse en compromisos definidos; mientras que el ser dos cosas a la vez no nos permite hacer tales decisiones y tales compromisos.

La poesía, donde los opuestos se unen con violencia, es cosa difícil y el camino que la historia le ha impuesto a Puerto Rico, para su bien

o para su mal, es más poético que práctico. Es más poético que práctico el tener dos idiomas y dos culturas entrelazadas porque siempre surgirá la pregunta de si somos más ricos o más pobres, por tener esta dualidad. ¿Somos mestizos culturales, como dicen algunos y por serlo, no somos ni lo uno ni lo otro? ¿O es esa una unión espiritual de la más alta categoría, una etapa necesaria para una nueva configuración que corresponda en alguna forma al molde del porvenir, cuando el mundo tenga que ser uno?

Lo más seguro es que la verdad presente se encuentre a mitad del camino. Depende en gran medida de nuestro bagaje inicial y de lo que adquirimos unos de otros.

Vuelvo ahora a las relaciones entre estas dos sociedades cambiantes y múltiples que son los Estados Unidos y Latinoamérica. En cada una de ellas hay elementos que permiten un diálogo amplio. Podría citar por una parte el estoicismo hispánico de la América Latina, su devoción y admiración por las formas, su profundo e instintivo humanismo; de la misma manera me sería fácil mencionar la generosidad de Norteamérica, su laboriosidad y su pujante optimismo en la consecución del paraíso terrenal. O al nivel de estereotipos que se malinterpretan muy a menudo, podría señalar la propensión de los latinoamericanos a llegar siempre tarde. Para algunos esto se reduce a mera pereza tropical, pero los latinoamericanos gustan de interpretarlo como una acción imposible y perdida contra la automación. ¿Y qué decir del jactancioso deseo norteamericano de que se hagan las cosas? Frecuentemente los latinoamericanos lo interpretan como simple agresividad e inseguridad, mientras que de hecho es una manifestación de la lucha profunda y terrible que el norteamericano sostiene frente a las modernas aflicciones de la amargura y la desesperación.

Pues bien, en tanto que algunos de estos contrastes resultan periféricos otros son extremadamente pertinentes. Después de todo las caricaturas y las generalizaciones tienen base en los hechos. Ya que la naturaleza de la realidad, como Don Quijote tuvo la ocasión de experimentar y casi todos nosotros comprendemos cada vez más, está cargada de peligros. En este mundo cambiante, la realidad se transforma con mayor rapidez que nuestras previsiones sobre ella. Vemos el mundo que nos circunda como "por espejo en oscuridad". Tratamos de alcanzar lo inexistente y dejamos de ver aquellas cosas que se encuentran frente a nosotros. Así ocurre con la virtud como ya señaló San Agustín con terrible claridad: hay defectos inherentes en toda virtud, y virtudes inherentes en todo defecto. En el caso de los Estados Unidos el desgraciado incidente del U-2 es un magnífico ejemplo en que la virtud de ser incapaz de mentir, casi rayó en candoroso desas-

tre cuando Mr. Eaton quiso dar explicaciones al Primer Ministro Khrushchev.

Más de esto no se sigue que aspiremos a establecer una feliz posición intermedia, una regla de oro, de la realidad o de cualquier otra cosa. Con demasiada frecuencia dicha posición es meramente una manera de escapar a los más importantes problemas. Lo que cada uno de nosotros ha de buscar es la entraña de la realidad, la sustancia primordial de la que fluyen todas las distinciones para ver si las diferencias que observamos son reconciliables, realmente antitéticas, o sólo el anverso y reverso de una moneda que aún no ha sido acuñada.

No debemos imaginar que ésta es una cuestión fácil. Diversos factores se interponen para que podamos obtener un equilibrio entre los mencionados modos de vida. Yo quisiera discutir únicamente dos de los factores que afectan este delicado equilibrio: el antiamericanismo en Latinoamérica y lo que, a falta de una mejor expresión, llamaré la "fascinación de los Estados Unidos con ser los primeros en todo."

El nacionalismo y el antiamericanismo son cuando menos expresiones del miedo a la absorción, del sentimiento de que uno está más comprometido en una relación común de lo que parece saludable para nuestra identidad, según la hemos conocido, pues es claro que la visión que tenemos de nosotros mismos es algo tan mudable como nuestra misma nacionalidad. Es posible que los nacionalistas del mundo estén cometiendo suicidio porque le tienen miedo a la muerte; hasta puede que se estén alejando del mundo por el miedo a que el mundo los acepte.

La civilización que lleva el signo de *made in U. S. A.* resulta profundamente atractiva debido a su poder, vigor, creatividad, recursos, artículos de consumo y oportunidades, aunque precisamente por esa sola razón, porque es atractiva, debe ser resistida como resiste el puritano el amor, por más casto que sea.

En muchos países latinoamericanos la situación se hace más complicada a causa de la existencia de una minoría económica explotadora—no una élite gobernante, sino más bien una élite *dominante*—que, como es hasta cierto punto natural, ha visto su propia actitud egoísta con demasiada indulgencia. A través de los siglos esta élite ha crecido en la entraña del mundo hispánico, con la idea de que los logros se miden conforme a los patrones de la Corte, la Guerra, la Iglesia y las Letras, y no necesariamente en la cotidiana labor; ¡cuánta gloria morir por un principio, qué aburrido cumplirlo fielmente! La tradición norteamericana es fundamentalmente diferente. El servicio al Estado no conlleva el prestigio que tiene en Europa y en la América Latina. Esto debe deplorarse, especialmente ahora, cuando este servicio ha adqui-

rido una significación tan importante para la supervivencia de la humanidad.

En años recientes esta minoría económica en la América Latina se ha educado mayormente en los Estados Unidos. Desgraciadamente, sin embargo, ello no ha ocurrido en una época histórica en que los compromisos del individuo hacia el "desposeído" hayan sido un valor dominante de la plétórica sociedad. Por consiguiente, esta élite latinoamericana no tuvo la oportunidad de formarse en el ejemplo activo de la responsabilidad económica y social hacia los grupos menos privilegiados. Esta élite no se ha ocupado de atender las necesidades de aquéllos que la tradición y la justicia más elemental les han confiado, y mientras en los Estados Unidos, salvo en el caso del indio y del negro, el "desposeído" ha podido defender sus derechos, en la América Latina, debido al analfabetismo, a la pobreza, a la existencia de una gran población india y de una sociedad con profunda conciencia de clase y mayormente rural, el "desposeído" no ha podido competir en igualdad de términos. Un peligro presente y evidente estriba en que esta función, que por naturaleza pertenece a los miembros mejor educados y situados de su país, esta misión de promover el cambio social caiga en manos de demagogos y patrioteros, de oscurantistas y agitadores profesionales: gente que esgrime "clichés" y no programas. Con ello no sólo habrían perdido los pueblos sino también la humanidad.

Al mismo tiempo, es un hecho descorazonador para millones en este país el que los Estados Unidos con todas sus buenas acciones e intenciones, con todas sus contribuciones en sangre, en buena voluntad, en el campo de batalla y en sus esfuerzos de reconstrucción, desde el Plan Marshall al Punto Cuarto, no hayan podido obtener en mayor grado la estima de los demás pueblos. Son muchos los que aún repudian su ayuda y ejemplo, aun entre aquellos más solícitos de sus favores. ¿Cuál es el motivo de esto? En parte, sin lugar a dudas, se debe a que el poder siempre ofende; y un gran poder ofende mucho más. Por esta razón, mucha gente a través del mundo parece complacerse cuando se humilla a los Estados Unidos. Pero permítaseme señalar, que este malévolo afán surge muy frecuentemente de un profundo deseo de ver a los Estados Unidos adquirir madurez y de una conciencia cada vez más clara de que las naciones, lo mismo que los individuos, se templan tanto en la derrota y en el sufrimiento como en el éxito y en el logro. Los Estados Unidos tienen muchos más fieles amigos a la hora de la verdad de lo que parecía en momentos menos críticos.

¿Pero sigue siendo cierta la imagen que los Estados Unidos tienen de sí, esa "fascinación" de ser en todo los primeros? Y de ser ello cierto, ¿es que esa imagen vale lo que cuesta? Y de no serlo, ¿es que vale la

pena el mantener las mismas actitudes que existieron cuando pudo haber sido verdad? Quizás quedó atrás el tiempo en que podía identificarse la grandeza con la ocupación de los primeros puestos. Y no obstante, la idea persiste. Sólo tengo que leer un periódico para enterarme de que el destino de los Estados Unidos y del resto del mundo libre pelagra si los Estados Unidos se "rezagan" en ajedrez, las olimpiadas o los viajes a la luna. No obstante, el "rezagarse" en estas u otras cosas no es siempre algo malo: de estos fracasos momentáneos uno llega a aprender que la derrota no es la muerte.

Actualmente, Estados Unidos no puede optar entre ser o no ser una gran potencia; tiene que aceptar las obligaciones y las limitaciones que esa situación le exigen; no se trata de una carga que dicho país se ha buscado. En efecto, ninguna gran potencia ha logrado jamás una preeminencia mundial tan destacada con menos vocación de mando que los Estados Unidos de América. Sin embargo, la historia no exige que el poderío de una nación dure mil años, y el día llegará en el que los Estados Unidos no sean ya una potencia de primer orden, como lo fue Francia y lo dejó de ser, como lo fue la Gran Bretaña y ya no lo es, como lo fue España y no lo sigue siendo, y como no lo eran los Estados Unidos y han llegado a serlo.

Sea como fuere, la posición de este país actualmente es sólida. El mundo le rinde homenaje: imita sus virtudes y sus defectos con igual imparcialidad. El *Sputnik* es una caricatura de la tecnología norteamericana y el *apartheid* un reflejo cruel de la intolerancia racial estadounidense; la sociedad de masas es una expresión caricaturesca de la democracia norteamericana y Trujillo y Perón remedan la técnica de Madison Avenue. El mundo es enorme y en él caben muchas versiones de los Estados Unidos. ¡Qué bien sería si en los Estados Unidos cupieran a su vez muchas versiones del resto del mundo!

Los Estados Unidos no pueden estrechar sus relaciones con la América Latina mientras mantengan esta imagen fundamental de superioridad; mientras se sientan investidos de la misión divina de enseñar y conducir y dirigir al resto del mundo. Tampoco podrá aprovecharse la América Latina de ese diálogo con los Estados Unidos hasta que haga realidad esa justicia social a la cual aspira y la que debe aplicar para beneficio de sus cien millones de habitantes. Hay momentos en que no se puede decir lo que se sabe; otros, hay que decirlo de determinada manera; e incluso hay momentos y lugares en que no hay más remedio que admitir lo que uno no sabe. El intercambio de ideas, de conocimientos, de almas, de sabiduría, es mucho más importante que el intercambio de capitales; y ser una gran potencia no es parte fundamental de las obligaciones que el hombre tiene contraídas con la socie-

dad. Sí, lo es, el deber de procurar dar lo mejor de sí en lo moral, en lo espiritual y en lo intrínsecamente humano. Porque a la realización de este empeño estamos todos invitados, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los débiles y los fuertes, en una palabra, todos los hombres de este hemisferio, por eso todos tenemos valores, normas y aspiraciones comunes.

Volviendo al tema de Puerto Rico, puedo decir con orgullo que los puertorriqueños hemos estado trabajando con gran empeño en cumplir esos ideales. Para el pueblo entero de Puerto Rico ha sido una preocupación fundamental fomentar el progreso de toda la sociedad puertorriqueña. No hemos llegado aún a una etapa de madurez que nos permita suponer que el destino nos ha dotado, junto con nuestros problemas, con una fórmula infalible para resolverlos. Pero nuestro esfuerzo por abrir nuevas perspectivas a nuestro pueblo ha sido muy intenso. Nos corresponde ahora a todos en Puerto Rico examinar a fondo si estos medios hasta el presente utilizados son definitivos, y si lo son, saber con mayor claridad en qué consiste esta moneda que aún no ha sido acuñada y que, sin embargo, está en proceso de acuñación.

Y aquí vienen como anillo al dedo los signifactivos versos de Antonio Machado:

Caminante no hay camino
se hace camino al andar . . .